

Apocalipsis 21:9-11,22-27

Apoc. 21:9-11, 22-27 Inglés Nov. 1, 1987, Trad. Pent. 19, 1994

En el Credo Apostólico confesamos nuestra fe en “la comunión de los santos”. ¿Qué es lo que queremos decir? ¿Quiénes son estos santos? La respuesta se hace clara cuando consideramos que esta frase explica y define la frase anterior, “La santa iglesia cristiana”. Toda la iglesia, todos los creyentes, son los santos de quienes hablan el Nuevo Testamento y el Credo. La membrecía en la comunión de los santos en asunto de la fe en Cristo. Y ya que la fe está escondida en el corazón, decimos “creo” más bien que “veo”. Pero no siempre será así. Viene el tiempo cuando la comunión de los santos será revelada en toda su gloria, cuando la iglesia será libertada de todo su sufrimiento y opresión, cuando sus enemigos serán todos destruidos y todos los hipócritas y falsos creyentes serán separados eternamente. A esta afligida y tentada iglesia de hoy, entonces, queremos hablar sobre la base de la Escritura de esta mañana acerca de **las futuras bendiciones de los santos de Dios en su santa ciudad.**

I. El tiempo de que hablamos es el tiempo después que Cristo ha vuelto para destruir este mundo presente, y juzgar a los vivos y los muertos. Todos los que han vuelto a él en arrepentimiento y fe en esta vida compartirán las bendiciones futuras de los santos de Dios. Para animar a los creyentes que sufrían y fueron perseguidos en el tiempo de Juan y para animarnos hay, al apóstol Juan se le mostró una visión final en la conclusión de Apocalipsis para darnos una idea de la gloria futura que nos espera. “Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo diciendo: ‘Ven acá. Yo te mostraré la novia, la esposa del Cordero.’ Me llevó en el Espíritu sobre un monte grande y alto, y me mostró la santa ciudad de Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. Tenía la gloria de Dios, y su resplandor era semejante a la piedra más preciosa, como piedra de jaspé, resplandeciente como cristal”.

Esta santa ciudad, la Nueva Jerusalén, no es otra cosa sino la Santa Iglesia Cristiana glorificada, los creyentes o santos de todas las épocas reunidas en gloria y en la presencia de Dios. Y la mayor de las glorias será ésta, que poseerá el resplandor de la gloria de Dios.

Esta luz de gloria no fue una cosa totalmente nueva para el pueblo de Dios. Dios había permitido que brillara por breves momentos en intervalos en la historia de su pueblo. En la ocasión de su éxodo de Egipto Dios apareció en medio de Israel, una columna de fuego por noche y una columna de nube por día, para guiarles a través del desierto. En el Monte Sinaí, la gloria de Dios apareció en el monte cuando se dio la ley, de modo que aun la faz de Moisés brillaba por un tiempo después

de descender del monte. Cuando fue dedicado el tabernáculo, y más tarde el templo, la nube luminosa de la gloria de Dios brilló en el santuario para indicar la presencia misericordiosa de Dios entre su pueblo.

En el Nuevo Testamento, esta Gloria del Señor aparece otra vez con el coro de los ángeles que cantaron las alabanzas del Salvador en su nacimiento, y el rostro de Jesús en una ocasión fue transfigurado para brillar con la gloria de Dios, de modo que Pedro, vencido de maravilla y asombro exclamó: “Es bueno que estemos aquí, Señor”.

Sin embargo, todas estas apariciones de la gloria de Jehová, aunque eran grandes privilegios espirituales para los que las vieron, fueron breves y transitorias. Y aun los discípulos tenían que aprender que en esta tierra tenían que andar por fe, no por vista. Que frente a las persecuciones, tentaciones y pruebas, sencillamente tenían que confiar en la palabra de su Señor que les decía que eran los amados de Dios y sus santos, herederos de la vida eterna en la gloria por medio del perdón de sus pecados.

Pero aquí el ángel nos muestra un cuadro de nuestra gloriosa vida eterna. La luz de la gloria de Dios no será ningún fenómeno temporal, sino estará presente eternamente para gozo de todos los que morarán en esta ciudad santa. “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, para que resplandezcan en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lámpara. Las naciones andarán a la luz de ella” (v. 23,24).

II. Así la iglesia glorificada también gozará de la presencia constante de su Dios y Salvador. Es cierto que Jesús está con nosotros ahora, hasta el fin del mundo. Pero esto lo sabemos por fe, no por vista. Dios nos ha dado recuerdos visibles de su presencia, dándonos los sacramentos y su palabra, por medio de los cuales especialmente viene a nosotros con su gracia para crear y fortalecer la fe. Pero en la época que viene, su presencia será constante y absoluta para cada habitante de la santa ciudad.

Juan se sorprende porque no ve allí ningún templo. El templo terrenal era el lugar en donde el pueblo de Dios se reunía para encontrarse con su Dios por medio de los medios de gracia que él había establecido. Dios está en todas partes, pero está presente y disponible para su pueblo en aquellas cosas en donde Dios ha dicho a su pueblo que él puede ser hallado. Así Dios está presente en toda su creación, pero no encontramos ninguna revelación de su gracia en la naturaleza, sino solamente en la palabra que nos habla de Cristo y de nuestro perdón, en el bautismo que obra la fe en Cristo para el perdón de los pecados, en la Santa Cena, en donde Cristo nos da su mismo cuerpo y sangre, dados para el perdón de los pecados. Por medio de estos medios de gracia, su templo ahora se está

edificando de piedras vivas, cuando Dios por medio de la fe llega a habitar en los corazones de la gente, así formando su iglesia.

Pero en el cielo, en la Nueva Jerusalén, todo el pueblo de Dios estará directamente en la presencia de Dios su Salvador. Adorarán constante y directamente a su Dios. Ya no habrá duda, ni temor de que Dios nos haya abandonado. Ya Dios no parecerá estar lejos de nosotros en los momentos de prueba y tentación. Todas estas cosas habrán pasado, y constantemente veremos cara a cara a nuestro Dios. El capítulo siguiente nos dice: “Ya no habrá más maldición. Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le rendirán culto. Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes” (22:3,4). Piensen en el gozo, la felicidad y la alegría que esto nos traerá, a los que somos sus redimidos, ver a nuestro Salvador cara a cara, para ver para siempre su gloria, con la seguridad de que nada jamás podrá oscurecer de nuevo esta visión, que nada puede esconder de nuestros ojos esa presencia misericordiosa por toda la eternidad. “Lo veremos como él es”. Esta es nuestra bienaventurada esperanza que seguramente se cumplirá.

III. En la Nueva Jerusalén moraremos en absoluta paz y seguridad. “Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche”. Los muros de las antiguas ciudades orientales tenían grandes puertas para la protección de sus habitantes. Cada día, al acercarse la tarde, para proteger a los ciudadanos del peligro de ladrones o ataques, se cerraban las puertas de la ciudad.

Al decirnos que las puertas de la Nueva Jerusalén nunca serían cerradas, se nos dice que allí ya no habrá ningún peligro. La muerte misma habrá sido destruida. Satanás y la Bestia y el infierno habrán sido echados en el lago de fuego, de modo que ya no nos podrán molestar. No solamente el pecado, sino cada resultado del pecado habrá sido totalmente destruido. “Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron”.

IV. Todas estas cosas son reveladas a nosotros para animarnos. Es así que también tenemos una palabra de advertencia. No todos entrarán en esta hermosa ciudad. Sólo los que tienen sus nombres escritos en el Libro de la Vida del Cordero.

Así se nos dice: “Pero, para los cobardes e incrédulos, para los abominables y homicidas, para los fornicarios y hechiceros, para los idólatras y todos los mentirosos, su herencia será el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” La advertencia es contra bajar la guardia cuando el mundo y nuestra carne nos tientan a dar rienda suelta a la carne, y la amenaza de la persecución nos tienta a negar a nuestro

Señor Jesús, cometiendo la idolatría. La idolatría es la mayor de las mentiras. Una iglesia que enfrenta la persecución, una iglesia bajo presión de la sociedad que la rodea, siempre es tentado a abandonar a su Señor para llevarlo bien con el mundo. No podríamos cometer un error más grande. Porque abandonar a Cristo, sea buscando la reputación, la riqueza, llevarlo bien con la gente, o en casos extremos para salvar la vida en esta tierra, es borrar nuestros nombres del libro de la vida. Es solamente por medio de Cristo, y la fe en su sufrimiento y muerte, como pago completo por nuestros pecados, que entraremos en la gloria que nos es prometida.

Siempre mantengamos delante de nuestros ojos esta visión de la gloria eterna, para animarnos a permanecer fieles hasta la muerte, para así recibir la corona de la vida. Amén.